LUKEN

Lucha contra el poder

LUKEN

Lucha contra el poder

Juan José Ordoñez De Paz

Autor: Juan José Ordoñez de Paz

ISBN: 9789403959696

© Juan José Ordoñez de Paz

Guatemala - MMXXVI

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

Dedico este libro a Dios primero.

A mi bella esposa, quien me apoya.

A mis hijos, quienes me inspiran a seguir.

A mis padres, mi hermano y la familia que la vida me regalo.

1 Luken

Glup, glup, clap.

Era el sonido de las gotas de agua al caer en algún charco cercano. Cada una rompía el silencio de aquel lugar sumido en penumbras.

—¿Dónde estoy? —murmuró Luken.

Intentó incorporarse, pero un fuerte dolor recorrió su cuerpo y lo obligó a detenerse.

—¿Por qué está tan tenue la luz? —añadió, entrecerrando los ojos.

Se encontraba en lo que parecía ser una cueva. Apenas lograba distinguir su propia silueta. Sus ropas estaban empapadas y frías, adheridas al cuerpo, y bajo sus pies descalzos sentía correr una fina corriente de agua.

¿Agua de mar?

El sabor salado que permanecía en su boca parecía confirmarlo.

Comenzó a caminar sin saber hacia dónde se dirigía ni por qué se encontraba allí. El trayecto era arduo. Las piedras le herían las plantas de los pies a cada paso y, en varios momentos, sintió que ya no podía continuar.

El dolor se extendía por todo su cuerpo. Tenía los pies ardiendo, las piernas magulladas y un punzante malestar que le atravesaba la espalda y las costillas, como si hubiera recibido una brutal golpiza. La cabeza le daba vueltas y sus recuerdos aparecían fragmentados, incapaces de ofrecerle una respuesta.

No sabía qué le había ocurrido.

Tampoco sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Solo sabía que debía seguir avanzando.

Con el paso del tiempo, la cueva comenzó a iluminarse. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad, se resintieron ante aquella claridad creciente. Tuvo que llevarse una mano al rostro para protegerse.

Aun así, la luz le devolvió algo de ánimo.

Ignorando el dolor, aceleró el paso e intentó correr hacia lo que parecía ser la salida. Pero apenas cruzó el umbral, la intensidad de la luz lo obligó a cerrar los ojos.

Permaneció así unos segundos.

Cuando finalmente logró abrirlos, comprendió que se encontraba en una playa.

Miró a su alrededor.

No reconoció nada.

No había voces, construcciones ni caminos. Tampoco percibía ningún sonido familiar. El lugar parecía completamente desierto.

¿Qué hago en este sitio?

Siguió caminando.

La arena estaba tibia, aunque no demasiado caliente. Sin embargo, con los pies heridos, cada paso se convertía en un esfuerzo. Luken alzó la vista hacia el cielo y trató de calcular la hora por la posición del sol.

¿Serán las once de la mañana o la una de la tarde?

No podía estar seguro.

Lo único que tenía claro era que su cuerpo le exigía alimento. El estómago vacío comenzaba a convertirse en otro tormento.

No tenía idea de qué día era ni cuánto tiempo había permanecido inconsciente.

Y una pregunta seguía golpeando su mente:

¿Qué hago aquí?

Conforme avanzaba, el hambre y el agotamiento comenzaron a afectar su percepción. Las formas de la arena parecían cambiar ante sus ojos. Algunas piedras le recordaban a enormes caracoles moldeados por el constante ir y venir de las olas.

Miró hacia el cielo.

No había aves.

Volvió la vista hacia el horizonte.

Nada.

El único sonido era el suave romper de las olas contra la orilla.

Continuó caminando durante un largo rato, hasta que sus piernas dejaron de responderle. El dolor se volvió insoportable y comprendió que algo grave le había sucedido. Su propio cuerpo se lo advertía a cada instante.

Finalmente, decidió sentarse sobre la arena.

Se acercó al mar y tomó un poco de agua entre las manos para salpicarse el rostro. El contacto con el agua salada le produjo un leve alivio, aunque la sed continuaba.

Entonces, de pronto, una palabra apareció con fuerza en su mente.

—¡Baile! —gritó con todas sus fuerzas.

El grito le desgarró la garganta.

Luken comenzó a toser con violencia mientras intentaba recuperar el aliento. Tenía la garganta seca y lo único que lo rodeaba era aquella inmensa extensión de agua salada.

Pero algo había cambiado.

El recuerdo del baile había abierto una puerta en su memoria.

Imágenes dispersas comenzaron a aparecer.

La residencia del barón Antonio Arlington.

Los salones.

La música.

Los invitados.

La elegancia de aquella noche.

Luken cerró los ojos durante unos instantes, tratando de ordenar las imágenes que se agolpaban en su mente.

Recordó el baile que había ofrecido el barón Antonio Arlington en su residencia. El lugar era elegante, imponente, casi comparable con el palacio de un rey. No parecía la típica casa de un barón.

Antonio Arlington era un terrateniente hábil y ambicioso. Había adquirido numerosas tierras a su alrededor y fundado una ciudad a la que llamó Belden. Había llevado hasta allí a numerosas personas para trabajar la tierra, mientras otras se dedicaban a la ganadería.

Con el tiempo se habían formado pequeñas aldeas bajo su autorización.

Todo parecía organizado.

Todo parecía funcionar.

Pero aquella aparente estabilidad tenía un precio.

Cuando alguien desobedecía las órdenes del barón, sus hombres podían intervenir con una violencia que nadie se atrevía a cuestionar. Luken había escuchado historias sobre aldeas arrasadas y familias obligadas a abandonar sus tierras después de enfrentarse a su autoridad.

A pesar de ello, Antonio Arlington mostraba ante muchos un rostro aparentemente noble.

Quienes obedecían sus reglas podían vivir, hasta cierto punto, tranquilos. Trabajaban la tierra, recibían una parte de lo producido como pago y obtenían además un pequeño salario.

Para algunos, aquello era suficiente.

Para otros, el miedo pesaba más que cualquier beneficio.

Había algo en el barón Antonio Arlington que inquietaba incluso a quienes estaban acostumbrados a tratar con él.

Su presencia era imponente.

A veces podía mostrarse amable, casi cordial. Escuchaba con atención y sabía comportarse con cortesía cuando la situación lo requería. Pero, en otras ocasiones, podía actuar con una frialdad capaz de dejar claro que no sentía el menor remordimiento al perjudicar a alguien.

Exigía que sus órdenes fueran cumplidas con firmeza, por extrañas que pudieran parecer.

Podía escuchar explicaciones.

Podía permitir que alguien defendiera su posición.

Pero, cuando tomaba una decisión, esperaba que se cumpliera.

La voluntad del barón era, en Belden, casi equivalente a la ley.

Nadie se atrevía a contradecirlo abiertamente.

Quienes lo habían hecho habían terminado pagando un precio muy alto.

Luken también recordaba su manera particular de expresarse. En ocasiones recurría a anécdotas difíciles de comprender o empleaba palabras rebuscadas que parecían esconder más de lo que revelaban. En otras, sin embargo, hablaba con una claridad y una fluidez que no dejaban lugar a dudas sobre sus intenciones.

Especialmente cuando quería imponer su razón.

Muchos de los presentes no podían evitar sentirse incómodos ante él.

Su mirada fría y calculadora parecía detenerse en cada persona, evaluando gestos, movimientos y reacciones. Era difícil saber qué pensaba.

Y aquella incertidumbre lo hacía todavía más intimidante.

Mientras intentaba reconstruir aquella noche, Luken se preguntó cómo un solo hombre podía concentrar tanto poder en una comunidad como Belden.

Sabía que el barón no era un hombre común.

Tal vez fuera su astucia para los negocios.

Tal vez su manera de gobernar con mano dura.

O quizá aquel extraño carisma que le permitía mantener cerca incluso a quienes desconfiaban de él.

Pese a los rumores sobre su crueldad, Antonio Arlington había conservado el control de Belden durante años.

Nadie parecía dispuesto a desafiarlo.

Y quienes lo habían intentado habían pagado un precio demasiado alto.

Aun así, la gente continuaba trabajando para él.

Algunos por miedo.

Otros porque, bajo su mandato, tenían asegurada su subsistencia.

Luken permaneció sentado en la arena, con la mirada perdida en el horizonte.

Cuanto más intentaba reconstruir aquella noche, más comprendía que la presencia del barón en Belden era mucho más compleja de lo que parecía.

Su autoridad atraía tanto a seguidores como a detractores.

Pero una duda comenzaba a crecer dentro de él.

¿Era solo su autoridad?

¿Su capacidad para mantener el orden?

¿O había algo más… algo que todavía no había descubierto?

2 El baile

Luken alzó la vista hacia el cielo.

Estaba completamente despejado, de un celeste brillante, casi sin nubes. El calor era intenso, aunque soportable. El sol resplandecía con fuerza y solo podía mirarlo de reojo para no lastimarse la vista.

Intentó concentrarse en el recuerdo del baile, pero un mareo lo obligó a cerrar los ojos por un instante. La debilidad de su cuerpo no le permitía pensar con claridad. El dolor se extendía desde las plantas de los pies hasta la cabeza, dificultándole incluso permanecer tranquilo.

Aun así, la necesidad de comprender qué había ocurrido lo mantenía alerta.

En aquel momento no deseaba nada más que respuestas.

Poco a poco, el malestar comenzó a ceder. Su respiración se estabilizó y su mente recuperó cierta claridad.

Entonces, los recuerdos empezaron a ordenarse.

La noche del baile de gala en la residencia del barón Antonio Arlington había sido una de las más memorables en la pequeña ciudad de Belden.

Los invitados habían quedado maravillados por la elegancia y el lujo de la mansión. El salón de baile estaba adornado con grandes lámparas de araña y finas cortinas de seda. La música de una orquesta en vivo llenaba el aire, mientras los meseros recorrían el lugar ofreciendo copas de champán.

Había jóvenes, adultos acompañados de sus parejas y personas de edad avanzada. La residencia estaba completamente llena.

Sin embargo, Luken no era uno de los invitados.

Se encontraba allí como informante, trabajando para un grupo que buscaba reunir pruebas que vincularan al barón con diversos actos delictivos y llevarlo ante la justicia.

Uno de los principales motivos de aquella investigación era la desaparición de varias jóvenes que habían trabajado para él.

No se habían encontrado sus cuerpos.

Tampoco se sabía con certeza qué había sido de ellas.

Algunas, además, tenían empleos nocturnos o trabajaban en comercios que cerraban a altas horas de la noche, lo que hacía posible que sus desapariciones fueran atribuidas a asaltos, accidentes u otros peligros propios de la noche.

Pero para quienes investigaban al barón, aquellas desapariciones no podían ignorarse.

Luken vestía un traje negro de saco y pantalón a juego, con chaleco gris oscuro, camisa blanca y corbatín negro. Completaba el atuendo un sombrero de copa, también negro.

Caminó con tranquilidad hacia un caballero solitario que observaba a los demás invitados.

—Elegante fiesta… —comentó Luken, intentando iniciar la conversación—. ¿No le parece?

—Así es, mi amigo. No hay mejores que las ofrecidas por el barón —respondió el hombre, alto y delgado, sin prestarle demasiada atención.

Ambos guardaron silencio durante unos instantes.

Luken comprendió que, si no continuaba la conversación, perdería una oportunidad valiosa. Necesitaba encontrar una manera de abordar el tema sin despertar sospechas.

—Dígame… ¿qué opina de los invitados? —insistió.

El caballero lo recorrió de pies a cabeza con una mirada extraña. Sus ojos delataron una clara incomodidad.

—No lo sé… —respondió finalmente—. Con su permiso, me retiro.

Sin decir más, el hombre se dio la vuelta y se alejó con paso tranquilo.

Luken permaneció donde estaba.

No le resultó extraño aquel comportamiento. Comprendió que había formulado la pregunta equivocada, pero ya no había marcha atrás.

Si quería permanecer en la fiesta sin levantar sospechas, tendría que cambiar su manera de acercarse a los demás.

Se dirigió entonces hacia la mesa de los bocadillos. Necesitaba tomarse un momento para pensar qué podía preguntar y, sobre todo, cómo obtener la información que buscaba sin revelar sus verdaderas intenciones.

La mayoría de los invitados conversaba en pequeños grupos. Algunos permanecían sentados, observando el ambiente y disfrutando de la velada.

Luken recorrió el salón con la mirada.

Buscaba al barón Antonio Arlington.

Pero no lo encontraba.

Aquello le pareció extraño.

El anfitrión había organizado una fiesta que reunía a buena parte de la sociedad de Belden y, sin embargo, no parecía estar entre sus invitados.

La música continuaba sonando, suave y agradable, creada más para acompañar las conversaciones que para imponerse sobre ellas. Los violines destacaban entre los instrumentos y marcaban el ritmo de la melodía.

Luken tomó uno de los bocadillos, aunque apenas le prestó atención.

Seguía observando.

De pronto, la música cambió.

La melodía se volvió más pausada y la intensidad de la iluminación disminuyó.

El cambio desconcertó a los invitados. Poco a poco, las conversaciones se apagaron mientras numerosas miradas se dirigían hacia los distintos niveles de la residencia.

Entonces, una parte del segundo nivel se iluminó.

Desde un balcón apareció el barón Antonio Arlington.

La posición elevada le permitía observar a todos desde lo alto. Su expresión era desafiante y su presencia bastó para atraer la atención de la sala.

Vestía pantalón, chaleco y camisa blancos, además de un saco negro y un sombrero de copa negro brillante. En una mano sostenía un bastón recto, también negro, cuya empuñadura y punta reflejaban un dorado reluciente.

Luken reconoció de inmediato aquella figura.

Era imposible confundirlo.

A su lado se encontraba una joven.

Era de gran belleza y llevaba un amplio vestido verde, de hombros cubiertos y cuello alto, adornado con detalles dorados en el centro. Su porte era elegante y refinado, propio de alguien acostumbrado a los protocolos de aquel mundo.

Pero había algo que llamó especialmente la atención de Luken.

Su mirada.

A diferencia del barón, cuyos ojos parecían dirigirse hacia los presentes con una atención calculadora, ella parecía buscar a alguien entre la multitud.

Desde aquella distancia, Luken apenas podía distinguir sus ojos de tono café claro.

La joven continuó recorriendo el salón con la mirada.

Luken quedó impactado por su belleza y, al mismo tiempo, profundamente intrigado.

Una avalancha de preguntas comenzó a rondar su mente.

Al igual que muchos de los jóvenes presentes, permaneció inmóvil, con la mirada fija en el balcón.

¿Quién será ella y por qué se encuentra junto al barón?

No encontró respuesta.

Y cuanto más observaba a la joven, mayor era su curiosidad.

3 La desconocida

Un murmullo general se apoderó del salón.

Era evidente que todos se preguntaban quién era la dama que acompañaba al barón. Su presencia había tomado por sorpresa a buena parte de los invitados.

Luken comenzó a abrirse paso entre la multitud, atento a las conversaciones que surgían a su alrededor. Escuchaba con cuidado, sobre todo a quienes hablaban más alto de lo normal, esperando reunir fragmentos de información que le permitieran completar el rompecabezas.

Entre los murmullos se repetían los elogios a la belleza de la joven y las preguntas sobre su procedencia. Muchos aseguraban no haberla visto jamás. Otros se atrevían a especular si el barón la retenía por la fuerza o si ella se encontraba allí por interés, ya fuera económico o político.

Aquella última posibilidad no parecía descabellada.

El barón poseía vastas extensiones de tierra y un poder considerable. Cualquier alianza con él podía representar una oportunidad para alguien ambicioso.

Por un instante, Luken se permitió pensar en algo distinto a su misión.

La joven era hermosa.

También había algo en ella que le resultaba diferente a las mujeres que había conocido en Belden. Su porte, su manera de observar el salón y la elegancia con la que permanecía junto al barón la hacían destacar entre los presentes.

Algunos invitados comenzaron a preguntarse si podía ser su hija. La diferencia de edad entre ambos hacía que aquella posibilidad pareciera razonable, aunque nadie parecía tener una respuesta.

De pronto, las luces del salón aumentaron su intensidad y revelaron con mayor claridad los rostros de los invitados.

Ahora resultaba más sencillo distinguir quiénes se encontraban cerca, quiénes mantenían la mirada fija en la dama y quiénes continuaban inmersos en sus propias conversaciones.

La joven comenzó a descender las escaleras del brazo del barón.

Antonio avanzaba con paso lento.

A cada escalón, el sonido seco de su bastón contra el suelo resonaba por todo el salón.

La presencia del barón parecía imponerse sobre los invitados a medida que descendía. Conservaba aquella mirada desafiante y una postura firme, casi regia.

Sin embargo, en los ojos de la joven había algo diferente.

Inquietud.

Buscaba algo.

O quizá a alguien.

Sin mover apenas la cabeza, sus ojos recorrían el salón y se detenían brevemente sobre distintos invitados, como si intentara reconocer un rostro entre la multitud.

Entonces ocurrió.

La mirada de Luken se cruzó con la de la dama.

Solo fueron unos segundos.

Pero para él parecieron mucho más largos.

Aquellos ojos café claro captaron su atención de una manera que no esperaba. Luken sintió que, por un instante, todo lo que lo rodeaba perdía importancia.

No había ocurrido nada extraordinario.

No habían intercambiado una sola palabra.

Y, sin embargo, algo dentro de él había cambiado.

Necesitaba saber quién era.

Qué hacía allí.

Y, sobre todo, por qué se encontraba junto al barón Antonio Arlington.

Por un momento, la misión quedó relegada a un segundo plano.

Luken tuvo que obligarse a recuperar la calma.

Debo concentrarme.

Tenía un objetivo claro: investigar al barón.

Había llegado hasta aquella fiesta para obtener información y reunir pruebas. Si se dejaba distraer, todo lo avanzado podía resultar inútil.

Apartó la mirada y continuó recorriendo el salón.

Buscaba algún rostro que destacara, alguien que pareciera fuera de lugar o que mostrara una actitud distinta a la del resto de los invitados.

Mientras avanzaba junto a una de las paredes, se fue alejando poco a poco del barón y de su acompañante.

Sin darse cuenta, dejó atrás el centro de la atención.

Si hubiera prestado mayor atención a su entorno, quizá habría notado que la joven también lo observaba de reojo.

Pero su mente estaba concentrada en la investigación.

Terminó en una esquina del salón, cerca de una de las salidas que conducían hacia los jardines de la residencia.

El aire fresco de la noche llegó hasta él.

Luken respiró profundamente.

Aquel pequeño respiro lejos del gentío le permitió ordenar sus pensamientos.

Desde allí observó nuevamente a la pareja.

El barón estaba rodeado de varias personas y parecía presentar a la joven ante los invitados. Luken intentó comprender lo que decía, pero la distancia le impedía escuchar sus palabras.

Solo podía observar sus gestos.

Antonio movía una mano, señalando primero a algunos de los presentes y luego a la dama, quien respondía con una pequeña reverencia a modo de saludo.

Poco a poco, Luken comenzó a distinguir quiénes ocupaban las posiciones más importantes dentro de aquella reunión.

No necesitaba conocer sus nombres para comprenderlo.

La atención que recibían, la cercanía con el barón y la manera en que otros invitados buscaban acercarse a ellos revelaban su posición.

Algunos eran propietarios de importantes negocios.

Otros pertenecían a la aristocracia local.

Había personas cuya influencia podía alcanzar mucho más allá de los muros de aquella residencia.

La escena despertó nuevamente el interés de Luken.

La joven se había convertido en el centro de atención.

Cada vez más personas se acercaban para presentarse, intercambiar algunas palabras con ella o simplemente conseguir que reparara en su presencia.

La multitud comenzó a rodearla.

Poco a poco, el barón fue quedando desplazado.

Desde la distancia, Luken observó cómo los invitados se agolpaban alrededor de la joven.

Sintió una inquietud creciente.

No sabía por qué, pero aquella situación comenzaba a incomodarlo.

El temor de que algo pudiera ocurrirle se mezcló con una extraña irritación al ver cómo algunos invitados se acercaban sin darle espacio.

Luken apretó ligeramente los puños.

No tenía derecho alguno a intervenir.

Ni siquiera conocía a aquella mujer.

Aun así, la sensación de impotencia comenzaba a crecer dentro de él.

Entonces…

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

Unos golpes secos y furiosos resonaron contra el suelo.

Todos los invitados se giraron hacia el origen del sonido.

El barón Antonio Arlington permanecía de pie, con el bastón firmemente clavado contra el piso.

Su semblante había cambiado.

El rostro se le había enrojecido por la ira. Sus ojos parecían arder y mantenía los dientes apretados con tanta fuerza que la tensión de su mandíbula era evidente.

El murmullo desapareció.

Antonio levantó la voz.

—¡¡¡Dejen a mi hija en paz!!! —rugió con todas sus fuerzas—. ¡Aléjense de ella en este preciso momento!

4 Lady Vanessa

Los invitados quedaron paralizados.

La sorpresa y el temor se mezclaron en sus rostros. Nadie esperaba una reacción semejante por parte del barón. Muchos dieron un paso atrás de inmediato, dejando espacio alrededor de la joven.

Conociendo el temperamento de Antonio Arlington, lo más prudente era apartarse.

Desde la distancia, Luken observó la escena.

Vio cómo los invitados se alejaban poco a poco, concediéndole espacio a la joven, cuyo semblante pasó de la inquietud a una calma contenida.

Por un instante, pensó en acercarse aprovechando la confusión.

Pero se contuvo.

Todavía no era el momento adecuado. Debía evitar llamar la atención y, sobre todo, cualquier movimiento que pudiera poner en riesgo su misión.

—¡Vanessa! —ordenó el barón con voz firme—. Ven a mi lado.

La joven inclinó ligeramente la cabeza.

Mantuvo la espalda recta y, con paso seguro, se dirigió hacia él. En pocos instantes llegó a su lado y se colocó frente a su padre.

Ambos se miraron a los ojos.

—Dime, padre —respondió ella con una voz que todavía dejaba escapar cierta inseguridad—. Aquí estoy, a tu lado.

Las palabras no habían salido con toda la naturalidad que habría deseado. Después del alboroto, era comprensible que los nervios aún la acompañaran.

Antonio levantó la vista y recorrió el salón con una mirada firme antes de hablar.

—¡Ella es mi hija! —declaró con voz potente, asegurándose de que todos pudieran escucharlo—. ¡Y deberán brindarle el mismo respeto que a mi persona!

Nadie respondió.

El barón continuó:

—La forma en que se han comportado es una falta de respeto hacia mí, hacia mi hija y hacia mi casa.

Los invitados permanecieron en silencio, atentos a cada palabra.

Antonio hizo una breve pausa.

—Algunos de ustedes han tenido el privilegio de conocer a mi hija —prosiguió—. Pero para quienes no han tenido ese honor, permítanme presentarla.

Volvió ligeramente el rostro hacia la joven.

—Ella es Lady Vanessa Arlington.

El salón volvió a llenarse de murmullos.

Los invitados se miraron entre sí, sorprendidos por la revelación. Varias damas ocultaron parcialmente sus rostros tras los abanicos, intentando disimular su asombro.

Desde uno de los extremos del salón, Luken observaba sin apartar la vista.

Los murmullos habían dejado de importarle.

Lo único que retenía su atención era aquel nombre.

Vanessa Arlington.

Ahora sabía quién era.

Y aquella información podía resultar mucho más valiosa de lo que había imaginado.

—Mi hija se quedará en esta casa después de una prolongada estancia en una institución educativa —continuó Antonio, con una expresión de orgullo—. Allí ha sido formada para convertirse en una mujer que honre a su familia y, algún día, a su propio hogar.

Vanessa hizo una pequeña reverencia.

—Gracias por asistir a esta velada. Espero que se encuentren bien —dijo con voz suave.

Antonio tomó la mano de su hija.

Por un instante, volvió a mirarla a los ojos.

Después, ambos avanzaron hacia el centro del salón.

Los invitados se apartaron para dejarles espacio.

La orquesta comenzó a interpretar un vals.

Padre e hija empezaron a bailar.

Sus movimientos eran elegantes y suaves. Durante unos instantes, parecieron deslizarse por el salón, mientras la música llenaba nuevamente el ambiente.

Poco a poco, los demás invitados comenzaron a sumarse al baile.

La tensión de momentos atrás empezó a desaparecer.

Luken aprovechó aquel cambio para alejarse.

Necesitaba salir nuevamente hacia uno de los jardines contiguos. Con la mayoría de los invitados concentrados en el baile, podría disponer de unos minutos para pensar y retomar su labor.

Avanzó lentamente, manteniéndose cerca de la pared para evitar los pequeños grupos que todavía conversaban al margen de la pista.

Mientras tanto, Antonio no pudo permanecer bailando durante mucho tiempo.

Finalmente, él y Vanessa se detuvieron y caminaron hacia unas sillas decoradas en tonos negro y dorado.

A medida que los anfitriones avanzaban, algunos invitados comenzaron a detenerse también.

El barón, con gesto serio, intervino:

—No se detengan. Continúen con la fiesta y el baile. Yo estaré bien mientras ustedes disfrutan.

Vanessa permaneció a su lado, tomándolo del brazo mientras avanzaban.

Al llegar a las sillas, ambos tomaron asiento.

El rostro de Vanessa parecía ahora mucho más relajado. Incluso esbozaba una ligera sonrisa. El brillo de sus ojos había cambiado y ya no recorrían el salón con la misma impaciencia de antes.

Luken salió finalmente del salón.

Se encontró con un jardín sencillo, pero elegante, bajo una noche estrellada.

Se detuvo unos instantes para observarlo.

La grama estaba cuidadosamente recortada y varias flores adornaban los costados del camino. El aire fresco de la noche contrastaba con el calor y la agitación del interior.

Luken volvió la mirada hacia el salón.

A través de las ventanas podía distinguir los rostros de los invitados mientras bailaban. La música resonaba con fuerza y la tensión de momentos atrás parecía haberse disipado.

Agradeció que nada peor hubiera ocurrido.

Entonces vio al barón sentado, observando con calma a los bailarines.

Su mirada se desplazó hacia la joven que permanecía a su lado.

Y se sorprendió.

Vanessa lo estaba mirando.

Sus ojos estaban fijos en los de Luken.

Él se quedó inmóvil.

Aquella mirada lo desconcertó, pero al mismo tiempo le produjo una sensación inesperadamente cálida.

Vanessa se puso de pie sin apartar los ojos de él.

Luken no supo cómo reaccionar.

Finalmente, dio media vuelta y se adentró en el jardín.

Necesitaba un respiro antes de volver a mezclarse con los invitados y retomar su labor.

Continuó caminando hasta quedar lo suficientemente lejos de la residencia.

Después alzó la vista.

Las estrellas brillaban sobre él, acompañadas por una luna imponente.

Por un instante, consiguió olvidarse de todo.

No había investigación.

No había barón.

No había preguntas.

Solo la quietud de la noche.

Luken respiró profundamente.

Entonces, de repente, sintió una mano posarse sobre su hombro.

Se sobresaltó.

5 Nerea

Luken dio un paso al frente y, con un movimiento rápido y preciso, atrapó la mano que descansaba sobre su hombro.

Al mismo tiempo, giró el cuerpo hasta quedar frente a la persona que tenía detrás, sin soltarla.

Ambos se miraron en silencio durante unos segundos.

—No esperaba verte… ¡Me has dado un gran susto esta noche!

—Lo siento, compañero —respondió un joven de complexión gruesa y voz ronca—. Te vi solo por aquí y pensé en venir a saludarte. Creí que te vendría bien un poco de compañía, por la expresión que llevas.

Era Jon Tepez, compañero de Luken.

También se encontraba infiltrado en la fiesta, aunque había pasado completamente desapercibido durante toda la velada. Vestía pantalón y saco gris oscuro, camisa blanca y corbatín negro.

—¿Qué tiene mi rostro? —preguntó Luken—. ¿Me veo enfermo o sucio? ¿A qué te refieres?

—Nada malo —aclaró Jon—. Solo que no te ves tan animado como otras veces.

—Estoy bien, tranquilo… pero… —Luken hizo una breve pausa—. Pensé que eras otra persona. Creí que eras…

—¿Quién? —preguntó Jon con curiosidad—. ¿Alguna dama, quizá?

—Nadie. No tiene importancia —respondió Luken, desviando la mirada—. Dime, ¿has conseguido alguna información?

Jon negó ligeramente con la cabeza.

—No insistiré —dijo con tono indeciso—. Y, respondiendo a tu pregunta… nada fuera de lo que ya sabes. Los invitados se comportan con normalidad. Algunos simplemente disfrutan de la velada por el regreso de la hija del barón.

Luken soltó un leve suspiro.

—Ojalá todo fuera mucho más sencillo o más rápido —comentó—. Aunque, pensándolo bien, eso me inquietaría todavía más. Sentiría que hay algo más profundo y no estaría conforme con los resultados.

—Te entiendo —asintió Jon—. Y comparto tu punto de vista. Pero, por el bien del recuerdo de tu hermana… sigamos adelante. Tienes tu propia misión, igual que muchos otros.

Luken permaneció en silencio durante unos instantes.

La palabra hermana bastó para llevarlo de nuevo a aquello que lo había conducido hasta allí.

Nerea.

—Sí… Nerea… —murmuró Luken mientras levantaba la mirada hacia el cielo—. Por ti seguiré.

Su hermana había trabajado durante años en la residencia del barón Antonio Arlington.

Hasta que un día desapareció.

Sin dejar rastro.

Luken la había buscado incansablemente por bosques, lagos y montañas cercanas. Había recorrido lugares en los que nunca imaginó tener que buscarla y preguntado a quienes pudieran haber sabido algo de ella.

Nunca encontró una sola pista.

Aquella desaparición se había convertido en el principal motivo que lo llevó a unirse a Zaldiak.

En lo más profundo de su ser, Luken estaba convencido de que el barón tenía relación con varias desapariciones, incluida la de su hermana.

No podía permitirse abandonar la búsqueda.

No mientras siguiera sin saber qué había ocurrido con Nerea.

Luken respiró profundamente y volvió a concentrarse en el presente.

—Regresemos —dijo finalmente.

Al regresar al salón, Luken y Jon tomaron caminos distintos para abarcar más terreno e intentar obtener información de otros invitados. Ambos debían moverse con cautela y mantener sus verdaderas intenciones ocultas.

Zaldiak se había formado para enfrentarse al poder del barón Antonio Arlington.

Sin embargo, muchos de sus miembros solo conocían de manera parcial los motivos que impulsaban a sus dirigentes. Algunos se limitaban a seguir órdenes y obtener información mediante conversaciones discretas. Los más experimentados, en cambio, se infiltraban en círculos cercanos al barón para descubrir aquello que otros no podían alcanzar.

Luken tampoco conocía todos los objetivos de quienes dirigían la organización.

Pero sí compartía una certeza con muchos de sus compañeros.

El barón estaba relacionado, de una forma u otra, con la desaparición de varias jóvenes.

Algunas de ellas tenían vínculos directos con miembros de Zaldiak.

La búsqueda de justicia y, en muchos casos, el deseo de obtener respuestas por sus seres queridos habían llevado a numerosos hombres y mujeres a unirse al grupo.

El nombre Zaldiak pertenecía a una lengua del norte, de donde provenía uno de sus dirigentes más antiguos.

Luken regresó a la investigación.

Reparó entonces en un hombre de mediana edad que permanecía apartado en un rincón del salón.

Tenía una expresión serena y observaba con atención a los bailarines, que continuaban moviéndose al ritmo de la música, tan animada como al principio de la velada.

Luken decidió acercarse.

Quizá aquella conversación finalmente le permitiría obtener alguna información útil.

Avanzó hacia el hombre.

Pero, antes de llegar, la música comenzó a disminuir su ritmo.

Los bailarines fueron deteniéndose poco a poco y se apartaron, dejando libre el centro del salón.

Al mismo tiempo, el barón se levantó con elegancia de su asiento junto a su hija.

Los murmullos fueron apagándose hasta que el silencio se impuso.

Antonio recorrió el salón con la mirada.

Entonces comenzó a hablar con voz grave.

—Hoy han tenido el honor de conocer a mi hija, Lady Vanessa Arlington. Ahora debo comunicarles una noticia muy importante…

—«¡Zu eta ni! ¡Zaldiak! ¡Hemen eta orain!»

La exclamación surgió desde el fondo del salón y lo interrumpió.

Un joven irrumpió corriendo.

Su mirada estaba desquiciada y su aspecto contrastaba por completo con el de los demás invitados. No vestía ropa de gala, lo que indicaba que probablemente había ingresado por algún acceso oculto.

Los invitados quedaron desconcertados.

Varias damas gritaron aterradas mientras sus acompañantes intentaban protegerlas. Otros comenzaron a moverse en distintas direcciones y algunos se dirigieron rápidamente hacia las salidas.

Luken reaccionó de inmediato.

No corrió para escapar.

Corrió hacia el barón.

Sin apartar la vista del intruso, aceleró el paso y, cuando estuvo lo suficientemente cerca, se lanzó sobre él.

Lo abrazó en el aire.

Ambos cayeron al suelo, lejos del barón y de su hija.

Durante unos instantes permanecieron tendidos.

Entonces varios guardias irrumpieron en la escena, apuntándolos con sus fusiles.

El extraño comenzó a gritar desesperadamente mientras forcejeaba para liberarse.

—¡Suéltenme! ¡Déjenme ir! —vociferaba—. ¡Quiero justicia! ¡Y por mi hija que la obtendré, de una forma u otra!

Luken apretó los brazos alrededor de él.

—¡Cálmate! —exigió, intentando mantenerlo inmovilizado.

El hombre continuó forcejeando con todas sus fuerzas.

Los guardias mantenían sus armas apuntadas hacia ambos.

El caos comenzaba a disminuir, pero nadie se atrevía todavía a moverse.

Entonces, la voz del barón se elevó sobre todos los demás.

—¡¿Qué está ocurriendo aquí?! —rugió el barón Antonio con voz autoritaria.

6 Turbulentas interrupciones

—Mi señor, ¿qué hacemos con estos revoltosos? —preguntó uno de los guardias, sin apartar la mirada de Luken y del otro hombre.

La situación resultaba extraña para todos.

Era sabido que el barón contaba con un pequeño ejército personal siempre a su disposición. Aun así, nadie habría imaginado que varios de sus hombres se encontraban mezclados entre los invitados, ocultos bajo trajes elegantes y expresiones cortesanas.

El barón caminó hacia los dos hombres que permanecían en el suelo, seguido de cerca por otros guardias que acababan de reunirse a su alrededor.

Primero observó al desconocido.

Después dirigió la mirada hacia Luken, que todavía lo sujetaba con firmeza.

—¿Quiénes son estos hombres y por qué interrumpen mi fiesta? —preguntó con tono severo.

El extraño parecía haberse calmado un poco.

Luken se incorporó con dificultad. La caída le había resentido la pierna izquierda, pues había recibido el impacto de ese lado.

Aun así, ayudó al desconocido a ponerse en pie.

El joven se sacudió el polvo del traje y miró al barón. En sus ojos todavía quedaba un rastro de arrogancia, aunque la furia parecía haber disminuido.

Luken comprendió que debía actuar rápido.

—Señor, le ofrezco mis disculpas —dijo—. Este hombre es un viejo amigo mío, pero la situación es… extraña. Sinceramente, no entiendo qué le ocurre ni si alguien le ha hecho algo para que actúe de este modo.

Antonio lo observó con desconfianza durante unos segundos.

Después asintió lentamente y se volvió hacia sus hombres.

—Bajen las armas —ordenó.

Los guardias obedecieron de inmediato.

El barón volvió la mirada hacia Luken.

—Está bien. Pueden retirarse.

Hizo una breve pausa antes de añadir, dirigiéndose nuevamente a los guardias:

—Asegúrense de que nadie más se acerque a mi hija ni a mi propiedad sin permiso.

Los hombres asintieron y comenzaron a alejarse.

Luken soltó un suspiro de alivio.

La tensión de haber tenido varios fusiles apuntándole todavía le recorría el cuerpo.

Miró a su compañero.

William seguía visiblemente alterado.

—William, ¿qué intentabas hacer? —preguntó Luken con seriedad.

William García era miembro de Zaldiak.

Su hija había desaparecido y aquella pérdida se había convertido en el centro de su vida. Desde entonces, la necesidad de conocer la verdad y obtener justicia lo había llevado a formar parte de la organización.

—¡¿Por qué me detuviste?! —gritó William, con el rostro enrojecido por la furia—. ¡Quería vengar la vida de mi hija! ¡Y no me dejaste!

Luken bajó la voz.

—No es el momento… ni el lugar.

William apretó los puños.

—¿Entonces cuándo? ¿Cuánto tiempo más tendremos que esperar?

—Además, habrías echado a perder todo el trabajo que hemos hecho Jon y yo —continuó Luken—. Ambos estamos aquí por una misión. No nos distraigas ni nos pongas en riesgo esta noche.

William lo miró fijamente.

—¿Y qué has encontrado? —insistió—. Dime algo nuevo.

Luken negó con la cabeza.

—Nada… aún nada.

—¿Entonces qué haces? ¿Pierdes el tiempo? ¿Disfrutas de la velada olvidándote de lo que pasó? ¿Buscas alguna dama para no estar solo? —lo increpó con dureza—. ¡Dime!

Luken mantuvo la calma.

—No, William. Estoy trabajando en ello… pero será mejor que te vayas.

Durante unos segundos, William pareció dispuesto a continuar discutiendo.

Sin embargo, la intensidad de su enojo comenzó a disminuir.

Miró alrededor.

Varias personas todavía los observaban desde lejos.

Aquello pareció devolverle algo de lucidez.

Luken también se percató de las miradas.

Le alivió pensar que nadie hubiera escuchado demasiado. Aunque la conversación había sido breve, seguía tratándose de información delicada.

William respiró profundamente.

Después se dirigió hacia la salida.

Uno de los guardias se acercó para acompañarlo, con la clara intención de evitar otro incidente.

Luken lo observó hasta perderlo de vista.

Entonces dio media vuelta y retomó su camino hacia el lugar donde había visto al caballero de mediana edad.

Pero ya no estaba allí.

Luken sintió cierta frustración.

Le habría gustado hablar con aquel hombre. Tal vez pudiera proporcionarle alguna información útil.

Pero no podía quedarse detenido.

Sin cambiar de rumbo, se dirigió hacia una silla cercana con la intención de sentarse y descansar un momento.

Necesitaba recuperar el ánimo después del altercado con William.

Al tomar asiento, el dolor comenzó a hacerse notar.

Sentía una molestia en el costado izquierdo y un punzante dolor en la muñeca. Se la sobó con cuidado mientras intentaba recuperar la calma.

Al levantar la vista, notó a un caballero acercándose.

La escena lo puso en alerta.

Después de lo ocurrido, cualquier movimiento le parecía sospechoso.

Por un instante pensó que quizá eran sus propios nervios.

Esperó.

El caballero, sin embargo, se detuvo junto a otros hombres que conversaban animadamente.

Luken relajó un poco los hombros.

Necesitaba calmarse y no permitir que la tensión le hiciera ver amenazas donde no las había.

Continuó observándolo desde cierta distancia.

Entonces un guardia se acercó a él sin llamar demasiado la atención.

Vestía un elegante traje negro, impecable de pies a cabeza.

—Mi señor —dijo con seriedad—. El barón solicita su presencia de inmediato. Por favor, acompáñeme.

Luken vaciló durante un instante.

No tenía razones para negarse.

Se puso en pie.

El guardia comenzó a caminar hacia donde se encontraba el barón y Luken lo siguió, aunque con paso más lento debido al golpe.

El guardia se dio cuenta.

Redujo el ritmo y esperó a que pudiera alcanzarlo.

Atravesaron parte del salón hasta detenerse frente al barón.

El guardia hizo una reverencia.

—Mi señor, cumpliendo sus órdenes, aquí está el caballero del incidente.

Antonio fijó la mirada en Luken.

Durante unos segundos no dijo nada.

Finalmente, habló.

—No comprendo del todo lo que ocurrió hace un momento, pero sí entiendo que, de no haber sido por su intervención, algo grave habría sucedido…

Hizo una breve pausa.

Luego sostuvo la mirada de Luken.

—Por favor, preséntese.

7 El gran anuncio

—Permítame presentarme, mi señor —comenzó Luken, inclinando ligeramente la cabeza ante el barón—. Mi nombre es Luken Otxoa. Soy un pequeño comerciante de herramientas manuales. Trabajo con algunas comunidades vecinas del sur, donde adquiero herramientas y, en ocasiones, realizo trueques con granjeros locales.

El barón asintió con atención.

—Me complace conocer a un comerciante honesto y trabajador como usted, señor Otxoa. En estos tiempos, contar con proveedores confiables es de gran importancia —respondió con una leve sonrisa.

Luken devolvió el gesto con respeto.

—Gracias, mi señor. Hago lo posible por ofrecer herramientas de buena calidad a precios justos. Y, si me lo permite, ¿hay algo en lo que pueda ayudarlo?

Antonio frunció ligeramente el ceño.

Durante unos segundos pareció estudiar al joven antes de responder.

—Verá, señor Otxoa, mis tierras agrícolas han presentado algunos problemas en el rendimiento de las cosechas. He estado considerando nuevas herramientas y técnicas que puedan mejorar la eficiencia del trabajo en el campo. ¿Tiene usted algún conocimiento o sugerencia al respecto?

Luken reflexionó brevemente.

—Tengo contacto con varios herreros locales que podrían forjar herramientas adaptadas a necesidades específicas —respondió—. También conozco algunas prácticas de cultivo, como la rotación de tierras y el uso de abonos naturales, que podrían ayudar a mejorar tanto la calidad como la cantidad de las cosechas.

El barón asintió.

Parecía interesado.

—Suena prometedor, señor Otxoa. En otra ocasión me gustaría conocer más detalles sobre esos contactos y esas técnicas.

Hizo una breve pausa.

—Por ahora, puede retirarse y continuar disfrutando de la velada.

Luken inclinó nuevamente la cabeza.

—Será un honor, mi señor.

Dio media vuelta y regresó al lugar donde se encontraba antes.

Un murmullo comenzó a recorrer el salón.

Después de la tensión provocada por los guardias, el alboroto y aquella inesperada conversación privada entre el barón y uno de los invitados, el ambiente tardó unos instantes en recuperar la calma.

Luken dejó escapar una leve sonrisa.

Perfecto. Ya tengo una vía para acercarme al barón y profundizar en la investigación. Estamos avanzando.

Poco después, Antonio decidió dirigirse nuevamente a los invitados.

Golpeó su bastón contra el suelo.

¡Pum!

¡Pum!

¡Pum!

El sonido resonó por todo el salón y las conversaciones fueron apagándose poco a poco.

Cuando tuvo la atención de todos, el barón habló con voz clara y firme.

—Como les estaba diciendo… tengo una noticia muy importante que compartir con ustedes.

Hizo una breve pausa y recorrió el salón con la mirada.

—Tengo el honor de anunciar que mi hija, Lady Vanessa Arlington, contraerá matrimonio con el marqués Enrique Saláis, de las tierras costeras de Cefalonia.

El salón quedó en silencio durante unos instantes.

Antonio giró ligeramente el cuerpo hacia un costado.

Allí, un joven se levantó de su asiento y saludó a los presentes con una leve inclinación de cabeza.

Era el marqués Enrique Saláis.

Vestía un elegante traje de tres piezas en azul marino, con camisa blanca y corbata negra. Un sombrero oscuro de ala corta completaba su atuendo.

Caminó con porte seguro hasta situarse junto al barón.

Antonio continuó:

—Estamos profundamente complacidos con esta unión, que fortalecerá nuestras alianzas y traerá prosperidad a nuestras tierras. Agradecemos sus felicitaciones y los invitamos a seguir disfrutando de esta hermosa noche.

El barón dedicó una leve sonrisa a su hija.

—Dentro de tres meses celebraremos la boda en esta misma ciudad.

Los aplausos comenzaron de inmediato.

Enrique no ocultaba su entusiasmo. Vanessa, en cambio, permanecía más contenida, con una expresión difícil de interpretar.

Un joven se acercó con una copa de champán.

Antonio levantó la suya y Enrique hizo lo mismo.

El salón estalló en aplausos y felicitaciones. Los invitados celebraban visiblemente complacidos por la unión entre ambas casas.

Luken permaneció inmóvil.

La noticia había llegado de manera inesperada.

El nombre de Cefalonia no le era desconocido. Se trataba de una próspera ciudad costera, protegida por una amplia bahía y reconocida por su actividad pesquera y comercial. Su puerto recibía barcos pesqueros y veleros, mientras las calles cercanas reunían comercios y pequeños establecimientos donde los habitantes desarrollaban buena parte de su vida cotidiana.

El matrimonio no era solamente una celebración.

También representaba una unión entre dos casas poderosas.

La alianza permitiría estrechar los vínculos entre Belden y Cefalonia y podía ofrecer al barón nuevas oportunidades para ampliar su influencia y sus intereses.

Luken bajó la mirada.

No debería importarle.

Al menos eso intentaba repetirse.

No me interesa Lady Vanessa.

Pero su corazón pareció contradecirlo.

Había cruzado miradas con ella varias veces aquella noche. Había pensado en acercarse, aunque nunca había encontrado el momento adecuado.

Y ahora sabía que estaba comprometida.

Sintió una punzada en el pecho.

No entendía por qué aquella noticia le afectaba tanto.

Apenas la conocía.

Sin embargo, no podía negar lo que estaba sintiendo.

Luken levantó lentamente la mirada.

Vanessa estaba observándolo.

Sus ojos permanecían fijos en él y, aunque su expresión era contenida, había algo delicado en aquella mirada que le resultó difícil ignorar.

Durante unos segundos ninguno apartó los ojos.

Luken se sintió incómodo.

No sabía qué significaba aquella mirada ni por qué Vanessa continuaba observándolo.

Finalmente, apartó la vista y comenzó a caminar hacia el jardín exterior.

Necesitaba estar solo.

Necesitaba recuperar la calma y recordar por qué había acudido aquella noche a la residencia.

Lo que Luken no advirtió fue que alguien más había observado aquel intercambio.

Desde otro punto del salón, el marqués Enrique Saláis había seguido con atención el cruce de miradas entre ambos.

Su expresión había cambiado.

Ya no sonreía.

Observaba a Luken con un semblante serio y una evidente molestia.

8 Un encuentro inesperado

Tengo que concentrarme en este asunto. No debo pensar en nadie más…

Luken intentó apartar de su mente la imagen persistente de Lady Vanessa.

Está comprometida. No tengo ninguna oportunidad de estar a su lado. ¿Quién soy yo, al final? Un comerciante que recorre caminos sin rumbo fijo, alguien sin raíces. ¿Qué podría ofrecerle… incluso si tuviera la posibilidad de acercarme?

Sus pensamientos se vieron abruptamente interrumpidos cuando una mano se posó suavemente sobre su hombro derecho.

—Señor Otxoa, es un placer saludarle y agradecerle por el acto heroico que acabamos de presenciar…

La voz de la dama era dulce y serena, aunque teñida de una leve inseguridad.

Luken giró el rostro.

Abrió los ojos con asombro.

Frente a él se encontraba Lady Vanessa.

La impresión fue tal que, por un instante, se quedó sin palabras.

Ella continuó:

—Creo que, de no haber sido por usted, mi padre habría resultado herido. Actuó con más rapidez que los propios guardias.

Luken recuperó finalmente la compostura.

—No fue ningún problema, milady —respondió, midiendo cuidadosamente cada palabra—. Solo actué por impulso al ver a una persona correr de manera tan frenética. Mi primer instinto fue detenerlo antes de que pudiera hacer algo indebido.

Hizo una breve pausa.

Al levantar la mirada, notó a alguien observándolos desde el umbral de la puerta.

¿Nos estará vigilando a nosotros… o solo a ella?

Decidió no dejar que aquella inquietud se reflejara en su rostro.

—Una vez en el suelo, al darme cuenta de que se trataba de un viejo conocido, me sorprendió su actitud. Pero al escuchar su enojo, lo sujeté con más fuerza para evitar que se soltara y regresara a causar problemas.

—Es interesante… y también muy valiente de su parte —dijo Lady Vanessa, visiblemente sorprendida.

Hizo una breve pausa antes de añadir:

—Aunque, si me permite decirlo, también fue un poco imprudente. Pudo haber estado armado. En ese caso, la fiesta podría haber terminado con varios heridos.

—Tiene toda la razón, milady —admitió Luken—. Cuando uno se detiene a pensar en todas las posibles consecuencias, siempre termina preguntándose qué habría ocurrido si las cosas hubieran salido de otra manera. Tal vez todo habría terminado mucho peor… incluso podría haber muerto.

Se detuvo un instante para tomar aire.

—Sin embargo, si una persona no actúa cuando llega el momento, puede perder una oportunidad que quizá nunca vuelva a presentarse.

—Continúe, por favor —pidió ella con genuino interés.

Luken dudó durante un instante.

—Si no hubiera intervenido, no habría tenido la oportunidad de hablar con su excelencia ni de concertar una reunión —continuó—. Y tampoco habría tenido el honor de conversar con una dama tan hermosa como usted.

Lady Vanessa bajó la mirada.

Durante unos segundos permaneció en silencio.

—Entiendo.

Luken comenzó a sentirse incómodo.

—¿He dicho algo incorrecto? —preguntó—. ¿La he incomodado de alguna manera?

—No.

—Entonces… —titubeó—. Si aun así se sintió incómoda, le ofrezco mis más sinceras disculpas. Nunca ha sido mi intención incomodar a una dama.

Vanessa levantó lentamente el rostro.

—Señor Otxoa, no ha dicho nada malo. Al contrario… —lo miró directamente a los ojos—. Le agradezco sus palabras. Han sido sinceras, profundas… y honestas. Eso es algo poco común.

Luken sonrió levemente.

—Le agradezco mucho que lo diga.

Vanessa miró hacia el interior de la residencia.

—Debo retirarme. He pasado demasiado tiempo fuera y debo regresar con mi padre. Aunque, siendo sincera… conociéndolo, probablemente ya sepa dónde me encuentro.

Hizo una leve reverencia.

Después se dio la vuelta y dio un paso hacia el salón.

Qué tonto he sido… ni siquiera me presenté como debía.

Luken la observó alejarse.

Justo entonces, Vanessa se detuvo.

—Señor Otxoa —dijo sin volverse del todo—, ¿sería tan amable de decirme su nombre? No logré escucharlo claramente dentro del salón.

Luken se sorprendió.

—Por supuesto, milady. Mi nombre es Luken Otxoa.

Vanessa giró hacia él.

Hizo otra pequeña reverencia y sonrió.

—Gracias por su tiempo, señor Luken Otxoa.

Luego retomó su camino hacia el interior.

Luken la observó alejarse con elegancia.

Sabía que no debía seguirla. Hacerlo sería una imprudencia que podría traerle serios problemas.

Además, todavía tenía una misión.

Su curiosidad y la necesidad de descubrir la verdad sobre el barón y las desapariciones seguían siendo más importantes que cualquier impulso.

De pronto, un grito de auxilio resonó desde el salón principal.

Algo grave estaba ocurriendo.

Vanessa se detuvo en el umbral de la puerta.

No avanzó.

Al mismo tiempo, el guardia que los había estado observando se acercó rápidamente para protegerla.

Luken corrió hacia el interior.

Al entrar, se encontró con una escena caótica.

—¿Qué está pasando aquí? —exclamó, muy alarmado.

Una de las grandes lámparas de araña se había desprendido del techo y había caído en el centro del salón.

El impacto provocó el pánico entre los invitados.

Fragmentos de cristal salieron despedidos por el suelo y varios asistentes resultaron heridos de manera leve.

Por fortuna, la lámpara no había caído directamente sobre nadie.

Aun así, algunas personas yacían desmayadas, mientras otras se movían de un lado a otro, presas del nerviosismo.

Luken recorrió el lugar con la mirada.

Finalmente divisó al barón, rodeado de varios guardias.

Sin perder tiempo, avanzó hacia el centro del salón y alzó la voz para hacerse escuchar por encima del caos.

—¡Todos los hombres, vengan! ¡Ayudemos a mover la lámpara y despejemos el área!

9 Intriga y lealtad

Varias personas corrieron de inmediato para ayudar a levantar la gran maraña de hierros retorcidos que yacía en el centro del salón.

Cuando todos estuvieron preparados, comenzaron a coordinarse.

—¡A la cuenta de uno!

—¡A la cuenta de dos!

—¡Y a la cuenta de…!

—¡¡Alto!! —ordenó el barón con voz firme y autoritaria.

Todos se detuvieron.

Antonio avanzó unos pasos y fijó la mirada en los restos de la lámpara.

—Dejen todo como está. ¡Capitán! Llame a la guardia y que investiguen lo sucedido. No comprendo cómo una lámpara de este tamaño, que ha estado colgada y bien asegurada durante años, pudo terminar así.

Los hombres se quedaron inmóviles.

La orden sorprendió a los presentes, especialmente a quienes se habían dispuesto a retirar los restos.

Luken también quedó impactado.

Dio un paso al frente.

—Mi señor, comprendo su preocupación… ¿insinúa que no se trata de un accidente?

Antonio no apartó la mirada de la lámpara.

—Mi estimado señor Otxoa, no solo lo insinúo… lo afirmo.

Señaló hacia la parte superior de la estructura.

—Observe. Basta un vistazo para notar que esto fue intencional. El tubo que la sostenía está cortado. No presenta desgaste causado por el tiempo ni por el uso.

Los hombres que se habían dispuesto a mover la lámpara siguieron la indicación.

Algunos se inclinaron para observar con mayor atención.

Después de unos segundos comenzaron los murmullos.

Varios invitados se acercaron con cautela, intentando examinar los restos como si de pronto todos se hubieran convertido en investigadores.

El marqués Enrique avanzó con calma hacia el centro del salón.

Se detuvo frente a los restos de la lámpara y los examinó de arriba abajo. Después alzó la mirada hacia Antonio y esbozó una leve sonrisa.

—Muy observador, mi estimado barón Antonio —dijo mientras se acercaba—. ¿Cómo llegó a una deducción tan rápida y certera? Debo admitir que me sorprende su capacidad.

Antonio sostuvo su mirada.

—marqués Enrique, le contestaré con otra pregunta. ¿Recuerda al sujeto de hace unos momentos? El individuo que corría gritando y que el señor Otxoa logró detener.

—Por supuesto —respondió el marqués, clavando una mirada intensa en Luken—. Difícil olvidar la heroica actuación del caballero al someter a un hombre desesperado.

El rostro de Luken se encendió de inmediato, pero se esforzó por mantener la compostura.

Antonio continuó:

—La frase que gritó ese individuo pertenece a un grupo al que algunos consideran rebelde. Según la información que he recibido, buscan alterar el orden y enfrentarse a quienes ejercemos autoridad.

Enrique frunció ligeramente el ceño.

—Eso es un problema grave. Toda rebeldía contra la soberanía de una región debe ser erradicada.

—Coincido en que cualquier amenaza contra la seguridad de mi territorio debe tomarse en serio —respondió Antonio con tranquilidad—. Sin embargo, no considero que se trate de un grupo particularmente fuerte. Existen desacuerdos y distintas formas de actuar entre sus integrantes.

Luken escuchaba con atención.

Las palabras del barón eran demasiado directas.

Y demasiado cercanas a la realidad que él mismo conocía.

Antonio volvió la mirada hacia los restos de la lámpara.

—Esa frase es una de sus consignas. Pertenece a una lengua del norte. La única palabra que reconozco es «Zaldiak».

Hizo una breve pausa.

—Así se hacen llamar.

El desprecio apenas disimulado en su voz no pasó inadvertido para Luken.

—No tengo nada contra quienes piensan de manera diferente —continuó Antonio—, pero sí contra quienes amenazan mi posición, mi seguridad y, sobre todo, la de mis seres queridos.

Enrique dirigió nuevamente la mirada hacia Luken.

—Tal vez nuestro salvador pueda aclararnos un poco más lo ocurrido —intervino—. Después de todo, mencionó que era un viejo amigo y que lo reconoció con facilidad.

—Su excelencia… —intentó responder Luken.

—¡¡No me interrumpa!! —rugió el marqués.

Su rostro se endureció de tal manera que varios invitados retrocedieron instintivamente.

—¿No le enseñaron modales? ¿O acaso no conoce su lugar en este mundo? ¡No me hable como si estuviéramos al mismo nivel!

Las palabras golpearon a Luken con fuerza.

Aun así, permaneció en silencio.

Era evidente que el marqués descargaba sobre él parte del enojo que había acumulado desde el incidente.

—Hable —ordenó finalmente.

Luken respiró profundamente.

—Con todo el respeto que se merece…

—¡Exacto! Me merezco todo el respeto… y más —lo interrumpió nuevamente, dejándolo a medio discurso.

Luken mantuvo la calma.

—El individuo es un viejo amigo —continuó con voz firme—. Hace años desapareció su hija y eso lo quebró por completo. La pérdida lo empujó a actuar de manera desesperada. En cuanto a las palabras que gritó… desconozco su significado.

Enrique entrecerró los ojos.

—¿O no quiere decirlo?

Después miró al barón.

—¿Qué opina usted, mi estimado barón?

Antonio permaneció en silencio durante unos segundos.

—Sinceramente, es la primera vez que veo al señor Otxoa. No tengo motivos para desconfiar de él por ahora.

Hizo una breve pausa.

—Además, fue el único invitado que actuó para evitar una tragedia. Por eso le estoy agradecido.

Luken inclinó ligeramente la cabeza.

—Mi señor, sus palabras me honran…

—Sin embargo… —lo interrumpió Antonio.

Su mirada se fijó en él.

Era penetrante.

—Su amistad con ese hombre despierta ciertas dudas sobre su honestidad… y también mi curiosidad.

Luken sintió que la tensión regresaba a su cuerpo.

El barón lo observó durante unos segundos, como si intentara leer cada emoción en su rostro.

—Dígame, señor Otxoa… ¿dónde se encontraba usted cuando la lámpara cayó?

Luken permaneció inmóvil.

—Solo lo vi cuando todo ya era un caos —continuó Antonio—. ¿Podría indicarnos dónde se encontraba?

Un frío recorrió el cuerpo de Luken.

No había hecho nada malo.

Pero no podía negar que había estado lejos del salón.

Tampoco podía admitir que se encontraba allí investigando al barón.

Y, sobre todo, no podía decir que había estado en el jardín conversando a solas con Lady Vanessa.

La respuesta correcta podía protegerlo.

La equivocada podía poner en peligro mucho más que su propia seguridad.

10 Final inesperado

Luken respiró hondo, intentando apaciguar el latido acelerado de su corazón. Necesitaba pensar con rapidez. Decir la verdad completa implicaría exponer a Lady Vanessa y, con ello, ponerla en una situación incómoda, además de revelar que se encontraba allí por una razón muy distinta a la de un simple invitado. Pero mentir descaradamente al barón también podía costarle caro. Optó entonces por el único camino posible: una verdad incompleta.

—Mi señor —dijo con voz serena—, al momento del incidente no me encontraba en el salón principal. Estaba en uno de los jardines, tomando un poco de aire fresco. Al escuchar el estruendo y los gritos, me acerqué de inmediato para ayudar.

El barón frunció ligeramente el ceño mientras lo observaba con detenimiento. Su mirada era aguda y calculadora, como si pesara cada palabra pronunciada por Luken. Durante unos segundos que parecieron eternos, no dijo nada. Finalmente, respondió:

—Entiendo, señor Otxoa.

Nada más. Luken asintió con respeto, manteniendo el rostro impasible, aunque por dentro sintió un leve alivio. Sin embargo, era consciente de que aquella respuesta no significaba necesariamente que el barón le creyera. Desde ese momento, cada uno de sus movimientos podía quedar bajo observación.

—Interesante su respuesta —intervino el marqués con una sonrisa cargada de intención—. Y, sobre todo, muy conveniente que se encontrara en un lugar… digamos, apartado, justo cuando ocurrió el accidente. Dígame, ¿qué hacía exactamente en los jardines?

La pregunta irritó a Luken. Más allá del título nobiliario, el marqués mostraba una falta absoluta de cortesía y empatía. Sin embargo, no podía permitirse perder la compostura.

—Mi señor —respondió—, tras el anuncio de su boda con Lady Vanessa, la alegría fue general. En su rostro se reflejaba claramente la emoción del momento…

—¡¡¡¿Dónde está Lady Vanessa?!!! —rugió el marqués, interrumpiéndolo bruscamente—. ¡¿Dónde se encuentra ella?!

—Ella está conmigo, marqués —intervino el barón con voz severa.

En ese instante, Lady Vanessa apareció detrás de su padre, asomándose con cautela. El semblante del barón reflejaba ahora una evidente molestia.

—Aquí me tiene, mi señor… —dijo ella con voz temblorosa.

El marqués la observó fijamente durante unos segundos antes de hablar.

—Milady, ¿dónde se encontraba usted? No la vi después del anuncio del compromiso. ¿Salió también a tomar aire?

—marqués —replicó el barón con firmeza—, ¿a qué viene este interrogatorio?

—Solo es una duda razonable —respondió él—. Al igual que el señor Otxoa, usted tampoco estaba en el salón cuando ocurrió el accidente.

El rostro del barón se endureció.

—Sea claro, marqués. ¿Qué es lo que insinúa?

Enrique sostuvo su mirada durante unos segundos antes de responder.

—Busque y encontrará, mi estimado barón.

Después giró lentamente hacia Luken.

—Mi estimado… Luken Otxoa.

Escuchar su nombre completo fue como recibir un golpe helado en el pecho. No era el nombre lo que lo estremecía, sino el tono con el que había sido pronunciado: amenazante y calculador. Si el barón imponía respeto, el marqués inspiraba desprecio.

Un hombre alto se acercó sigilosamente a Enrique y le susurró algo al oído. El marqués escuchó con atención y asintió con un leve movimiento de cabeza antes de volver a dirigirse al grupo.

—Mis estimados —dijo tras una breve pausa—, debo retirarme por recomendación de mi personal.

—Pero, mi señor —intervino Lady Vanessa con preocupación—, es tarde, está oscuro y el camino es peligroso.

—No se preocupe, milady. Todo está solucionado.

—Insisto —añadió el barón—. Quédese esta noche en mi residencia y parta al amanecer.

—No será necesario —respondió el marqués, observando los restos de la lámpara—. Ya les he causado suficientes molestias. Tienen mucho que resolver aún. Milady, nos veremos en tres meses. Espero encontrarla tan radiante como hoy.

Dicho esto, dio media vuelta y se retiró, acompañado por varios hombres que, hasta entonces, habían pasado desapercibidos entre los presentes. Eran miembros de su guardia personal.

El barón observó su partida con sentimientos encontrados. Por un lado, sentía alivio al verlo marcharse; por otro, no podía ignorar el desdén con el que había rechazado su hospitalidad. Cuando el marqués y sus hombres desaparecieron de la residencia, el silencio volvió a apoderarse del salón.

—¡Capitán Montalvo! —llamó el barón al recuperar la compostura.

El capitán se acercó y escuchó atentamente las instrucciones que su señor le dio en voz baja. Montalvo asintió con gravedad y comenzó a organizar a los guardias. Después, el barón se volvió hacia los invitados.

—Queridos asistentes, la velada ha concluido. Por motivos de seguridad, todos deberán retirarse de inmediato. Cada persona será revisada antes de salir.

Un murmullo inquieto recorrió la sala. Luken sintió cómo su mente se llenaba de imágenes inquietantes: guardias apresándolo, acusaciones injustas, persecuciones absurdas. Sin embargo, no encontraba una razón concreta para pensar que fueran a detenerlo.

¿William?

La presencia de William en aquella fiesta podía vincularlo con Zaldiak. Aunque el incidente parecía estar bajo control, Luken no podía dejar de preguntarse si realmente todo había terminado.

Los guardias cubrieron cada salida mientras el barón y Lady Vanessa eran escoltados discretamente hacia un lugar seguro. Luken avanzó con calma hacia la salida, procurando no mostrar el nerviosismo que comenzaba a apoderarse de él. Sentía que lo observaban, pero al mirar atrás no encontró nada fuera de lo normal. Continuó caminando hasta que, de reojo, distinguió algo que llamó su atención: el vestido verde de Lady Vanessa, parcialmente oculto tras unas cortinas del segundo nivel.

Sus miradas se cruzaron durante un instante.

Vanessa desapareció de inmediato.

Luken continuó hacia la salida. Los guardias revisaban todo con minuciosidad: bolsas, sombreros, guantes, abanicos y cualquier objeto que pudiera despertar sospechas. Cuando llegó su turno, permaneció tranquilo mientras examinaban sus pertenencias. Al no encontrar nada sospechoso, finalmente lo dejaron pasar.

Ya en la calle, caminó unos pasos alejándose de la residencia. La noche estaba fría y silenciosa. Necesitaba recuperar la calma y ordenar sus pensamientos después de todo lo ocurrido. El baile había comenzado como una oportunidad para investigar al barón y había terminado convirtiéndose en una sucesión de acontecimientos que no podía comprender del todo. Había conocido a Lady Vanessa, descubierto su compromiso con el marqués, presenciado el intento de sabotaje de la lámpara y, además, había quedado bajo la mirada de dos hombres cuyo poder podía ponerlo en peligro.

Entonces escuchó una voz conocida a su espalda.

—Es muy hermosa, ¿no le parece, señor Otxoa? Tenga cuidado por dónde pisa.

Un frío recorrió su cuerpo. Luken se detuvo en seco. Aquella voz le resultaba familiar, pero no tuvo tiempo de identificarla. Comenzó a girarse para descubrir quién se encontraba detrás de él, pero un golpe brutal impactó contra su cabeza.

El mundo comenzó a dar vueltas.

Sus piernas cedieron y cayó al suelo. Intentó mantenerse consciente, pero la visión se volvió cada vez más borrosa. Apenas podía distinguir las siluetas que se acercaban. Sintió cómo lo tomaban y comenzaban a arrastrarlo por el camino.

—Ya saben qué hacer con él… —alcanzó a escuchar.

Quiso reaccionar, pero su cuerpo ya no respondía. El dolor desapareció poco a poco, sus pensamientos se hicieron confusos y, finalmente, perdió toda noción de lo que ocurría a su alrededor.

La oscuridad lo envolvió por completo.